



WORLD  
WARCRAFT

# Un Momento En Verso

*por Madeleine Roux*

El frío era intenso sobre las aguas: la superficie era lisa como el vidrio y apenas unas ondas acariciaban la silueta del bote. Lor'themar Theron había insistido en viajar por mar, a la antigua. Quería dejarse permear por todo lo que lo rodeaba en lugar de simplemente teletransportarse hasta las puertas de la Ciudad de Suramar; quería verla como correspondía. Y ahí estaba, los domos resplandecientes se extendían lentamente sobre el lago azul inmóvil, las altas torres cristalinas se alzaban como montañas esculpidas por dioses antiguos. *Dioses*, musitó, con un delicado toque de tierna sensibilidad, porque aunque la Ciudad de Suramar tenía más de diez mil años, parecía muy frágil, como si un mínimo temblor pudiera derrumbarla.

Pasaron por el imponente cruce central de Puerto Astravar, flotando hacia Desembarco de Luz Lunar, donde los exuberantes helechos púrpuras se desplegaban como estandartes de bienvenida y flores de un violeta pálido pendían bajo un follaje de florecientes ramas color zafiro. El bote atravesó la sombra colosal de la Fortaleza Nocturna hasta los muelles vacíos.

La Primera Arcanista Thalysra lo había invitado, una invitación que llevaba tanto tiempo abierta que simplemente ya no había excusas para aplazar la visita. No era la falta de deseo lo que lo había demorado, sino las constantes demandas que requerían su atención. Como líder de los sin'dorei y miembro del nuevo concilio de la Horda, su tiempo se dividía entre las preocupaciones de la Ciudad de Lunargenta y las solicitudes urgentes de Orgrimmar. Lor'themar se sentía partido en dos, y ninguna mitad le pertenecía. Esta visita —este pequeño placer— no era de ninguna mitad, sino que más bien flotaba entre las dos, en ese rincón de su corazón donde sus propios intereses se marchitaban sin terminar de caer en el olvido. Si bien en ocasiones se tomaba la libertad de disfrutar de un plácido atardecer para leer, esos momentos le brindaban poco alivio. A menudo terminaba abandonando el libro para abocarse a su diario y volcar los poemas y retazos de versos que asaltaban su mente. La mayoría de ellos volvían al mismo tema una y otra vez: la belleza y potencia de su lirio crepuscular.

De pronto le pareció ridículo: estar navegando en ese botecito, un único remero natonocturno llevándolo al pie de la gran ciudad. Este no era su lugar ni su tiempo; su lugar estaba entre su pueblo y con la Horda.

Lor'themar miró por encima del hombro el camino que había recorrido. La niebla había caído como una trampa, como si dijera: *Ya es tarde, tu camino está decidido*. El remero lo miró inquisitivamente, pero Lor'themar no dijo nada, simplemente miró por encima del cabello blanco del elfo hacia los faroles plateados que brillaban en el muelle. Si bien no se dirigía a una batalla, una tensión familiar invadió su pecho. Sabía que la anticipación y el temor se parecían, y que a veces era imposible distinguirlos. Para oponerse a ese dúo traicionero, llevaba solo dos cosas consigo: su espada en el cinturón, colgando a la izquierda, y un pequeño diario de cuero en la mano derecha. Esa mezcla perturbadora de anticipación y temor le había hecho transpirar las manos y ahora las páginas debajo del cuero estaban húmedas y pegajosas.

Sintió un escalofrío. Cubrió sus hombros con la gruesa capa carmesí bordada con soles dorados, y observó su propio aliento mientras la proa se acercaba a su destino. Después el bote perdió velocidad y pasó junto a unas grullas elegantes que los observaron sin que se les moviera una pluma, impasibles ante el frío y la intromisión de esos visitantes.

—Sujétese —advirtió el remero, y el bote se topó con el muelle. El natonocturno se estiró hasta el poste más cercano para asegurar la embarcación y dejar que Lor'themar descendiera.

—Gracias por el transporte —dijo Lor'themar. El remero inclinó la cabeza una vez, sonriendo, y se retiró para volver a fundirse con las perfectas aguas cubiertas de lirios.

—Al fin llegaste.

Lor'themar se dio la vuelta y quedó sorprendido al ver que la Primera Arcanista Thalysra no había enviado a un sirviente para que lo escoltara, sino que había ido en persona. Lo observaba de pie desde las escaleras que llevaban a Desembarco de Luz Lunar. Su voz atravesaba las aguas con facilidad. Su porte era tan calmo, perfecto y lavanda como las aves que se bañaban apaciblemente a espaldas del Señor regente.

Él hizo una leve reverencia y caminó la corta distancia entre el muelle y los escalones zigzagueantes que llevaban al Mercado Dorado, cuyo alboroto decaía al acercarse la noche. La presión en su pecho seguía ahí, y aumentaba con cada paso que daba para acercarse a ella.

Thalysra reveló una sonrisa más amplia al verlo acercarse y una esbelta mano púrpura apareció entre los pliegues de su capa cubierta de runas. Ahora que no usaba sus ropajes oficiales más propios para tiempos de guerra, se había vestido para el frío con un terciopelo suntuoso y suave —sin

duda tratado con un hechizo para la calidez— y una simple diadema de cristal coronaba sus trenzas plateadas.

Cuando Lor'themar tomó su mano, estaba templada y seca. Las luces que rebotaban en su manto le enviaron un suave aroma a perfume de lilas para atormentarlo.

—No puedo creer lo que veo —dijo con una risita cuando Lor'themar abrigó su mano con la de él y la sujetó del brazo. Se dirigieron hacia la ciudad juntos y emprendieron el ascenso—. Pudiste haberme dado más tiempo para los preparativos, Señor regente. Tuve que pedir a seis poetas malhumorados que volvieran de sus expediciones. Me sermonearon durante horas. Pero no en verso afortunadamente.

—Lo lamento —contestó él con su voz profunda de barítono—. Como podrás imaginarte, no fue fácil escapar de mis responsabilidades en Lunargenta, en especial por motivos de una índole tan... personal.

Thalysra desestimó las disculpas con un ademán. Otra vez esas lilas malditas. Iban a terminar por marearlo.

—No te disculpes por favor. Un poco de lucha les hará bien; después de todo, necesitan material para sus poesías. ¿Y cómo está Quel'Thalas? Si cierro los ojos, aún puedo ver los senderos sinuosos envueltos en madera roja y dorada, y las hojas haciéndome cosquillas en los pies, alborotadas por el viento ceniciento...

—No esperaba semejante demostración de poesía tan pronto, milady. Creo que no me preparé como corresponde para nuestra competencia —bromeó Lor'themar. Pero estaba agradecido por cada palabra. El solo pensar en la Ciudad de Lunargenta y sus torres doradas le dio una punzada—. Mi ausencia será debidamente percibida y resentida, no tengo dudas, pero cuando me fui no había ningún incendio urgente que hubiera que apagar.

Eso no era del todo cierto. Tanto Halduron Alasol como Rommath habían demostrado un interés inusual en su viaje a Suramar. Hasta puede que las palabras “Ve, bufón enamorado, o te estrangularé yo mismo” hubieran salido de los labios de Rommath antes de la partida de Lor'themar.

Ascendieron los peldaños uno a uno, y a cada paso el aire frío de las tierras bajas del puerto se disipaba un poco más. Unas barandillas perladas delineaban el camino hasta la ciudad, donde unos natonocurnos propiamente armados patrullaban los mercados que los ciudadanos comenzaban a abandonar.

—¿Resentida? Tonterías. —Thalysra lo empujó suavemente con el codo y Lor'themar se aferró a su diario con más fuerza—. ¡Si solo te quedarás dos días!

—Un lujo inusual para mí. Las demandas solo de Orgrimmar son...

—Lor'themar... —Ella le apretó el brazo a través de la capa y tal vez sintió la tensión que lo recorría de pies a cabeza—. No pienso continuar de esta manera.

La natonocurna se detuvo y dio un paso atrás para quedar frente a él. Sus ojos luminosos como diamantes resplandecían en la primera penumbra del atardecer, aún más cautivadores en la oscuridad. A Lor'themar le costó sostener su mirada, sabiendo que podría estar a punto de recibir un sermón. Pero ella le sujetó la mano con gentileza y no lo dejó apartar la vista.

—Deja tus preocupaciones a un lado, al menos estos dos días. Esto... esto no es más que un momento, un momento fuera del tiempo. Esos pesares e inquietudes que habitan en tu cabeza... son piedras que debes arrojar al agua. Podrás recogerlas cuando debas regresar, pero durante estos preciados días se quedarán enterradas en la arena. ¿Sí?

Él esbozó una sonrisa. Ya sus palabras enunciadas en esa voz baja y reconfortante eran un hechizo que desterraba fugazmente las preocupaciones que inundaban su mente.

El dolor funesto en su pecho no cedía, pero sabía que no desaparecería hasta que dejara de verla.

—Muy bien —aceptó Lor'themar—. Este es nuestro momento fuera del tiempo.

—No permitiré que lo olvides —le advirtió Thalysra, bajando levemente la cabeza.

—Es una promesa, milady. Una que no romperé.

—Excelente. —Volvió a entrelazar su brazo con el de él y continuaron su recorrido por el mercado—. Porque espero que tu espíritu y tu mente estén preparados para nuestra competencia. Te haré polvo, por supuesto, pero solo dentro de las reglas.

Lor'themar sonrió.

—Veo que milady se siente muy confiada en su torre elevada. Qué dramática será una caída tan pronunciada.

—¡Ya estás rimando! —bromeó ella y soltó una carcajada—. Pero con tan poca destreza. Esto será trivialmente simple, Señor regente. Es una pena que vinieras desde tan lejos para sufrir una derrota tan evidente.

—Entonces apartaste a esos poetas de sus viajes para nada —respondió Lor'themar encogiéndose de hombros.

—Ah, no fue para nada —aseguró Thalysra mientras pasaban junto a los braseros serpenteantes que los iluminaban con sus llamas púrpuras—. No fue para nada, Lor'themar. Fue por este momento. Por nosotros.



Un público modesto pero ansioso los esperaba en el Patio de Medianoche. Thalysra no había exagerado: media docena de rostros severos observaba en silencio, con los labios ya fruncidos en señal de desaprobación. Esos eran los poetas, concluyó Lor'themar, y entre ellos había algunos rostros más amigables, todos shal'dorei. Algunos de esos semblantes estaban sonrojados por el arcavino que ofrecían generosamente los sirvientes dispuestos para el evento. Al parecer, lo que había comenzado como una apuesta privada entre ellos en Nazjatar se había convertido en un gran espectáculo. Lor'themar lo tomó como un elogio: Thalysra debía tener confianza en sus habilidades, o todo esto sería una pobre demostración para el público.

—Creo que es hora de empezar —murmuró—. Y sin preámbulos ceremoniosos.

—Ah, pero disfrutarás del vino y la cena cuando el entretenimiento de la velada haya concluido. No es común que recibamos líderes del exterior —explicó Thalysra, escoltando a Lor'themar hasta la reunión—. Así que espero que comprendas su ansiedad. Estos eventos son estimulantes, otorgan legitimidad a nuestra ciudad, liberada hace tan poco tiempo. No tengo duda de que las festividades de esta noche quedarán plasmadas en canciones y versos. Y no se olvidarán pronto.

—Entonces me esforzaré por no decepcionarlos —dijo Lor'themar. Aunque pretendía hacer una broma, por dentro estaba temblando. La competencia amistosa de poesía entre él y la Primera Arcanista era algo privado, una broma interna, una prueba de que su vínculo crecía. No esperaba que de pronto hubiera público involucrado, mucho menos uno que no parecía mirarlo con buenos ojos.

—No, no, que no sea demasiado serio para nosotros, querido Lor'themar —urgió ella, y tomó dos cálices de arcavino de un sirviente cercano. Con una sonrisa franca le extendió la segunda copa.

Él bebió cautelosamente, consciente de la intensidad del vino. El primer sorbo fue tan electrizante como la luz que brillaba en los ojos de la Primera Arcanista.

—Hace un instante, destilabas confianza, milady —le recordó Lor'themar. El público tomó asiento, apenas inclinados para susurrarse alegremente mientras él y Thalysra permanecían ante ellos—. ¿Empiezas a tener dudas?

—Jamás. —Ella chocó gentilmente su copa contra la de él—. Pero me resulta mucho más gratificante perder con gracia. Espero con ansias ver cómo manejas la situación.

Lor'themar acalló su mordaz respuesta con otro sorbo de arcavino. Un sirviente apareció de entre las sombras del patio cargando un podio de madera. Las sillas estaban dispuestas bajo un pabellón con techo color ciruela, y una estatua esbelta se alzaba por detrás de la audiencia. A los

suaves susurros del agua que entraban al patio por la Bahía de Suramar se le unieron un arpa y un cantante cuyo sonido llegaba desde una de las incontables torres alrededor. Desde su punto de vista, veía el mercado y las filas y filas de domos como el que los acogía ahora, todos resplandecientes y magenta, como gotas de vino perfectas derramadas en una placa de mármol.

Una vez colocado el podio, Thalyssra fue a su lado y se volteó para enfrentar al público. O más bien, a los jueces.

Lor'themar no podía quedarse quieto, más acostumbrado a dar discursos alentadores antes de una batalla que a ofrecer sus poesías personales a un grupo de extraños para que lo juzguen.

—Nobles poetas y ciudadanos de Suramar: les doy la bienvenida y espero que disfruten de la velada —anunció Thalyssra con el cáliz en alto. Otros le contestaron el gesto—. ¡Tenemos un invitado de honor entre nosotros hoy! Un forestal, un líder, un sin'dorei que ha demostrado su valor y compromiso hacia su pueblo una y otra vez. Pero en el pecho de este guerrero late el corazón de un poeta, y vino a visitarnos para compartir los gustos y pasiones de la lejana Quel'Thalas. Confío en que lo recibirán gentilmente y le brindarán su atención mientras nos deleita. Y como es nuestro invitado, tendrá el honor de ser el primero en hablar.

El ojo bueno del Señor regente tembló, pero puso su mejor sonrisa e hizo una reverencia mientras los shal'dorei reunidos aplaudían cortésmente, muchos sobre las muñecas. Parecían estar muy interesados en él y aprovecharon la ocasión para estudiar a ese sin'dorei extraño que su líder había invitado a Suramar con tanta pompa.

—Y es un verdadero placer estar en esta ciudad de maravillas y tradiciones ancestrales, en presencia de artistas y pensadores venerables —dijo Lor'themar, observando cómo Thalyssra se fundía con las sombras del pabellón. A pesar de que estaba en la oscuridad, él solo la veía a ella.

—Solo lamento haberme demorado tanto en aceptar la amable invitación de la Primera Arcanista —concluyó. Lor'themar se aclaró la garganta y extrajo el pequeño diario de entre los pliegues de su capa. Durante el viaje en bote había tenido más que tiempo suficiente para considerar su elección. Un texto político discreto parecía ser lo más adecuado para su audiencia. No creía que los venerables poetas añosos de Suramar estuvieran interesados en los fragmentos más personales y sentimentales que había estado componiendo en los últimos tiempos, cuando la hermosa Primera Arcanista se colaba inesperadamente en sus pensamientos.

—Un poema acorde a la tradición de Lunargenta —anunció Lor'themar, seguido de murmullos de interés—. Este es un soneto que he titulado “La culebra”.

Apoyando la palma contra el diario para mantenerlo abierto y legible, Lor'themar le dedicó una última mirada a Thalyssra, que asintió para darle ánimo. Se ajustó la capa, respiró hondo y comenzó.

*A la culebra temer es locura,  
pues su mordida no es gran amenaza.  
Con tonos coloridos va de caza  
Acecha allí oculta en la sombra oscura.  
Pero si ataca al que no tiene cura,  
al alma que quema su última brasa,  
el veneno pega como una maza.  
La tienes ahí, su real factura:  
golpea al que está en el último aliento.  
Hasta el fuerte es débil y así no espera:  
la flecha imposible, el golpe violento  
clava en su piel viperino tormento.  
Así que atiende, que es bien traicionera,  
y puede morder en cualquier momento.*

—Gracias —concluyó Lor'themar, y los poetas y nobles sentados frente a él le contestaron con un aplauso. Thalyssra surgió del pórtico sombrío, golpeando suavemente los dedos sobre la muñeca en señal de aprecio. Fue una respuesta moderada, pero Lor'themar no estaba acostumbrado a compartir sus poesías en público, y prefería su cortesía sobre el silencio ensordecedor y desaprobador.

—Maravilloso —le dijo al pasar, y tomó su lugar en el podio—. Y ahora es mi turno. Expondré de forma improvisada como lo hacemos en el Patio de Medianoche desde hace miles de años, como tantos lo han hecho antes que yo y muchos más lo harán después: movilizados al verso por el espíritu del momento.

*El momento.* Lor'themar se apoyó en la columna más cercana, disfrutando de cómo la luz púrpura del brasero bañaba a Thalyssra mientras sus palabras suscitaban suspiros de admiración de la audiencia. El momento. Su momento fuera del tiempo. Le impresionó que decidiera improvisar, pero así supo que era una mujer extraordinaria.

Thalysra levantó su mentón fino y delicado hacia los cielos y abrió los brazos de par en par, como si recibiera el abrazo del anochecer y la luz estelar que la cubría. Sin notarlo, Lor'themar se fue inclinando hacia adelante, igual que otros poetas y espectadores, atraídos por su presencia. Embelesados.

*La noche toda nos observa,  
miserable, hermosa;  
bajo innumerables ojos siempre abiertos  
bailamos, bebemos.  
Somos un cuerpo para el escrutinio del cielo.  
Somos manos y pies,  
Somos.  
Aquí estoy: usa mis dedos para levantar la copa,  
usa mis labios para dar la primera bocanada.  
Usa mis pies para aprender a girar y caer.  
Y si eso pasa te atraparé,  
si ríes reiré contigo.  
Hasta que nuestros ojos brillantes sean estrellas,  
y nos veamos todos a la vez: un cosmos,  
un corazón.*

El completo silencio que siguió a la exposición de Thalysra fue cautivador, como si él y todos los demás en el Patio vieran con los mismos ojos y respiraran con los mismos pulmones, tal como decía su poema. También aplaudieron al unísono. Lor'themar ya estaba de pie, pero el público también se incorporó de inmediato. Por su parte, Lor'themar no estaba concentrado en la calidad de la poesía, sino en el profundo sentimiento de la recitación. Tendría que haberse imaginado que estaba por presenciar a una artista tan fascinante. La Primera Arcanista era luminosa en un mal día e incandescente en uno bueno. Pero ahí, envuelta en luz estelar y en trance poético, ponía en vergüenza a la mismísima Dama Blanca.

—¡Magnífico! —exclamó un poeta sentado a su derecha, como si se hubiera robado la palabra de la mente de Lor'themar. El cabello plateado del poeta caía impecable como una cortina por su espalda y llevaba una gran amatista resplandeciente en el cuello. Sus ropas se rozaron con suavidad

cuando se acercó a la Primera Arcanista Thalyssra en el podio, y le dedicó una marcada reverencia con brazos abiertos.

—Son todos son muy amables —murmuró ella, llevándose la punta de los dedos a la garganta.

—Mi asistente Glandren tomó nota de cada palabra. —El poeta indicó al asistente que se acercara, y un muchacho natonocturno se aproximó tímidamente al podio—. ¡Ah! Ahí está Glandren. No quería que se perdiera una sola entonación, Primera Arcanista. Tengo tantas preguntas sobre tu recitación, ¡como todos seguramente! Necesitaremos más vino, claro, pero así podremos empezar a conversar...

Lor'themar ahogó un gruñido.

—No lo creo —contestó Thalyssra con gentileza, apoyando la mano en el brazo del poeta—. ¿Por qué no comemos algo antes, Rerdyn? Nuestro invitado debe estar famélico. Podrás hacerle todas las preguntas que quieras después de que se alimente y se relaje.

—C-Claro. —Rerdyn hizo otra reverencia y sujetó a Glandren de la manga para alejarlo y llevarlo de nuevo a la fila de sillas—. Estamos a tus órdenes, Primera Arcanista.

Pero Rerdyn dedicó una fría mirada fulminante a Lor'themar, como si él fuera el único responsable por ese lapso de decoro. No fue algo que le molestara demasiado: prefería hablar de poesía con la Primera Arcanista en privado. La opinión de unos poetas viejos y pomposos no le interesaba, pero la de ella sí, y mucho.

—Entonces está decidido. Podemos volver a reunirnos en... ¿unas dos horas? —Thalyssra se dirigió en forma más general a todos los presentes. Algunos se mostraron cabizbajos ante la perspectiva de una espera tan larga, pero ella se abrió paso entre los rostros amargos para tomar a Lor'themar por el brazo y rescatarlo. Solo el sirviente que les ofrecía vino los siguió a una distancia prudente.

—Me leíste la mente —admitió Lor'themar con una risita mientras se alejaban del Patio, rodeando una de las torres por el camino que llevaba a unas escaleras estrechas—. Una intervención más que oportuna.

—Tienen buenas intenciones —suspiró—. Y valoro sus opiniones; son algunas de nuestras mentes artísticas más brillantes. Pero Rerdyn en particular es... Bueno, tiene una tendencia a divagar. Soy mucho más capaz de tolerar sus discursos después de una cena revitalizante.

Al final de las escaleras sinuosas los esperaba una pequeña terraza. Ahí encontraron una mesa redonda con dos sillas y un plato liviano de compota de peras nocturnas y huevos de escalopácido

salteados para calmar el apetito. El sirviente esperó hasta que Lor'themar le acercó la silla a la Primera Arcanista para llenarles las copas una vez más y se retiró por las escaleras.

Por un momento, Lor'themar solo se sentó en silencio, disfrutando de la vista del puerto, escuchando al ocioso músico del arpa reanudar su canción. Cuando cerró los ojos, sintió calor y paz, una sensación que lo forzó a abrir los ojos. Casi había perdido esa tensión ansiosa que mantenía su espalda erguida, pero no, ahí estaba, tan familiar como un viejo amigo mal educado.

—¿Sucede algo, Lor'themar? —preguntó Thalyssra, observándolo con los ojos brillantes apenas asomando por encima de la copa.

—Solo recordaba tus órdenes, Primera Arcanista —contestó Lor'themar—. La realidad se entrometió por un instante, pero la dejaré a un lado.

Thalyssra emitió una risa adorable.

—Por favor. Y procura desechar toda esta formalidad innecesaria, Lor'themar. Llámame Thalyssra. Ahora, antes de que los poetas se diviertan interrogándote, me gustaría intentarlo yo misma.

—Estoy a tu merced.

Los ojos de Thalyssra brillaron aún más con esa respuesta.

—Tu poema... ¿Sería correcto suponer que se trata de los fracasos de Kael'thas Caminante del Sol?

—Así es. —Lor'themar asintió y probó un bocado de las suaves peras. Se movió en la silla. ¿No debía esta ser una noche para disfrutar? Ahora su humor comenzaba a oscurecerse.

—Entonces tus pensamientos regresan al pasado...

—Últimamente pienso mucho en Kael'thas —admitió Lor'themar—. Y la traición que sufrió nuestro pueblo cuando nos encontrábamos más débiles. No solo por nuestro pueblo, sino la traición personal... Yo confié en él. Maldita sea, lo seguí y creí en él, y habría visto a nuestro pueblo corrompido por la energía vil solo porque eso fue lo que me pidió.

Thalyssra hizo un sonido suave para demostrar su comprensión.

—Algunas heridas tardan en sanar.

—Una herida envenenada tarda mucho más —continuó Lor'themar—. Y vuelve a abrirse sin aviso cuando menos lo esperas. ¿Cómo podría dejar atrás esos recuerdos? No puedo evitar notar las similitudes. Los ejércitos de la Horda quedaron devastados, nuestras arcas vacías, nuestros recursos limitados. Si sufriéramos un golpe ahora... Bueno, supongo que puedes imaginar el resultado. —Se

sujetó el puente de la nariz con dos dedos y negó con la cabeza—. Y aquí estoy, de vuelta en nuestra triste realidad.

La sonrisa de Thalysra menguó pero no desapareció por completo. Se arremangó y se estiró para sujetarle la mano. Lor'themar observó sus dedos esbeltos por un instante antes de apretarle la palma, y en cuanto lo hizo, esos pensamientos oscuros se disiparon, como si su simple toque fuera un farol para repeler las sombras.

—Tenía la esperanza de que mi poema despertara algo en ti, pero creo que no lo entendiste en absoluto. Qué pena. Le pediré a Rerdyn que quemé todas las copias.

—¿Cómo? No debes hacer eso, en especial por un error de mi parte...

—No fue tu error —explicó ella rápidamente y apretó su mano—. Por favor, no te veas tan abatido.

Lor'themar frunció el ceño extrañado.

—No, por supuesto. Estoy bien. Solo un poco confundido tal vez, pero bien.

—*Bien* —espetó la palabra y se estremeció. Luego se alejó y Lor'themar inmediatamente extrañó su calidez reconfortante. Thalysra se recostó en la silla, con la cabeza colgando hacia atrás, exponiendo la delicada arquitectura de su cuello, sus tatuajes pálidos que brillaban con más intensidad cuando cerraba los ojos y respiraba profundamente—. No cometiste ningún error, Lor'themar. Expuse lo que sentía en mi corazón frente a todos para demostrar la alegría preciada y fugaz que todos podemos tener. La guerra llegó y volverá a venir. Hay tiempos de incertidumbre, sí, pero en el largo tiempo que he vivido vi a mi pueblo levantarse, caer y volver a levantarse, e incluso yo me he marchitado como un árbol en invierno para volver a florecer. Durante todo ese tiempo y caos, conocí el dolor y la euforia, pero nunca estuve bien. Me sumergí por completo en el dolor y en el placer.

Lor'themar bebió un sorbo de vino, pero no lo calmó como esperaba. Era tal como Thalysra esperaba; sus palabras habían despertado algo en él.

—Es una palabra insignificante, es cierto. “Bien”. No es una palabra para la poesía...

—Ni para la vida —concluyó ella por él. Volvió a acercarse y asintió con una sonrisa—.

Querido Lor'themar, te he visto portar el manto pesado de tu pueblo y hundirte bajo su peso, hasta casi quedar enterrado. Los errores de tu príncipe no te pertenecen, no debes sentir que fueron tuyos.

Lor'themar la miró fijamente y sintió un escalofrío, como si estuviera desnudo. Detrás de las murallas de Lunargenta se sentía a salvo, en su hogar, pero también invisible, como si la ciudad

pudiera tragarlo y ocultarlo de los necrófagos que acechaban sus sueños y horas de vigilia. Pero aquí no había murallas que lo protegieran. Que lo ocultaran.

—No es nada fácil. Liberarse de las traiciones que mi pueblo y yo hemos conocido. —*Que yo he conocido*—. Llevará tiempo. Un largo, largo tiempo.

Thalyssra levantó las cejas lentamente.

—¿Cuánto tiempo?

—La sanación y el perdón no pueden apresurarse.

Cuando Thalyssra volvió a buscar su mano, estuvo a punto de no corresponderle. Pero eso habría sido mezquino y realmente anhelaba volver a tocarla. Lor'themar cerró los ojos cuando sus dedos se entrelazaron.

—Sigues hablando de las heridas. ¿Estás sanando? —le preguntó gentilmente—. ¿O abres esas heridas envenenadas todos los días porque son familiares? No agradables, pero *tuyas*.

El comentario lo perturbó. Ella recorrió su mano con el pulgar una y otra vez, como si quisiera hacer un surco en una piedra de los deseos. Él recordaba muy bien el momento en que su príncipe los había traicionado. En menos de un parpadeo, volvió a ver a los no-muertos marchando sobre su pueblo, oyó los rumores despiadados de los que siempre habían dudado de Kael'thas y se burlaban de la lealtad de Lor'themar. Casi todas las noches, lo atormentaban visiones horribles de la Fuente del Sol corrompida por el Vacío después de haberle permitido a Alleria Brisaveloz acercarse.

Pero sabía que la mujer que lo tomaba de la mano había soportado tantos pesares como él, tal vez más, y aun así la sonrisa le surgía fácil. Y ahí estaba sentada, aconsejándolo sobre algo que no creía merecer.

—Esas heridas son familiares, sí, y son más —admitió Lor'themar—. Hay tan pocas cosas que me pertenecen ahora. Si me deshago de ellas, ¿qué me queda? Nada.

—No es verdad, Lor'themar —murmuró Thalyssra—. Abre los ojos. Dime lo que ves.

Sus ojos ya estaban abiertos, pero quizá no como ella quería. Así que Lor'themar volvió a mirar, con más empeño. Vio a la mujer frente a él, radiante y paciente, y se preguntó si alguna vez volvería a estar *bien*.

—Le dimos vueltas al asunto por tanto tiempo —dijo con una risa seca—. No sabía...

—Sí, lo sabías. Lo sabes.

De pronto Lor'themar se sintió avergonzado e incapaz de sostener su mirada. Pero ella lo miraba fijo y con intensidad, así que se obligó a hacer lo mismo.

El afecto fue instantáneo.

Se incorporó aún tomando a Thalyssra de la mano, listo para vivir más que sus problemas, sus penas y recuerdos; listo para seguir el ejemplo de ella y sumergirse en el dolor, o con más urgencia, en el placer.

El mensajero eligió ese momento para llegar. Subió las escaleras a toda prisa y se paró a poco más de un metro de donde estaba Lor'themar. Un joven shal'dorei con ropajes de Suramar, sin aliento y transpirado, apareció en la terraza. El camarero también regresó, unos pasos detrás del mensajero, disculpándose una y otra vez por la interrupción.

—M-Mensaje para usted, Señor regente, me temo que es urgente. Lo necesitan en Orgrimmar de inmediato. —Finalmente el mensajero se dio cuenta de la situación. Sus ojos pálidos saltaron de Lor'themar a Thalyssra para finalmente emitir un claro ruido con la garganta cuando vio que estaban tomados de la mano.

—Me... me voy.

—Sí, te vas —suspiró Lor'themar—. Yo partiré de inmediato. —Hizo una pausa y observó a la Primera Arcanista antes de corregirse—. Volveré cuando me sea posible.

—Por supuesto, Señor regente. Perdón por la interrupción, Señor regente. Fue una equivocación, Señor...

—*Por la gracia de la Fuente del Sol, vete de una vez.*

Thalyssra soltó una carcajada por el exabrupto, se incorporó y se acercó a él mientras el camarero tiraba con fuerza del muchacho para llevárselo. Del mensajero no quedó otro rastro que una gota de sudor en el piso.

—Bueno. —Lor'themar meneó la cabeza y se unió a ella en las risas—. ¿En qué estábamos?

—No te demoraré mucho —contestó ella acomodándose bajo la calidez de su brazo izquierdo. Llevó su mano libre al pecho de él y Lor'themar sintió cómo el corazón iba a su encuentro—. A menos que esta sea una estratagema audaz para escapar de los poetas y ese mensajero haya sido parte de tu plan...

—¿Y verme obligado a abandonarte prematuramente? —Bajó la barbilla—. La sola insinuación me hiere, Primera Arcanista, pero dijimos que ya no hablaríamos de heridas.

—¿Y de qué hablábamos entonces? —lo apremió, tan cerca que su aliento cálido le recorrió la barbilla.

Lor'themar respiró profundamente para calmarse.

—De la conciencia.

—Ya lo creo —susurró ella. Batió las blancas puntas sedosas de sus pestañas y levantó la vista para encontrarse con la de él, y Lor'themar se preguntó cómo había podido negarse tanto tiempo esta posibilidad.

Por primera vez ella parecía haberse quedado sin palabras: no más bromas ni provocaciones, no más juegos, y Lor'themar aprovechó el silencio. Pensó en el poema de ella, con las palabras flotando en su mente aun si ella no quería que sobrevivieran más que un momento.

*Aquí estoy: usa mis dedos para levantar la copa,*

*usa mis labios para dar la primera bocanada.*

*Usa mis labios.* Lor'themar lo intentó, dándose cuenta de que tal vez el poema era solo para él, un pedido que con gusto cumpliría. Sus labios no tuvieron que viajar demasiado, pero incluso esa minúscula distancia hizo que la ansiedad lo dejara sin aliento. Cientos de dudas cayeron sobre él para atormentarlo, pero Lor'themar las hizo a un lado: tal vez luego llegarían el dolor, el rechazo y las dificultades, pero en ese momento —*su momento*—, ella lo deseaba y era todo lo que necesitaba.

Lor'themar no se resistió al impulso de estar cerca de ella, ni tampoco se resistió a nada de lo que siguió: esa diminuta expectativa en su aliento, o la breve disputa por ver quién giraría la cabeza en qué sentido. Sus labios se encontraron, donde el vino y la poesía persistían, y él sintió, sin dudar, que ese era su lugar. Thalyssra lo sujetó de la barbilla con sus dedos delicados, y todo Suramar quedó inmóvil y en silencio por ellos, por su momento.

Él no se apartó; el mundo fuera de su beso podía esperar.

Fin.

# Créditos

## *AUTORA*

Madeleine Roux

## *EDITORES*

Chloe Fraboni, Allison Irons

## *PRODUCCIÓN*

Brie Messina

## *CONSULTOR CREATIVO*

Steve Danuser

## *TRADUCTORES*

Guido Zurzolo, Laura Campos